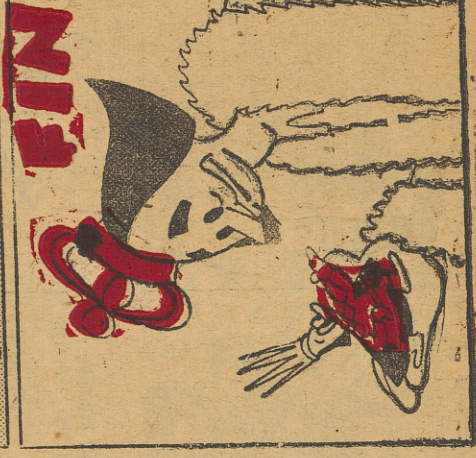
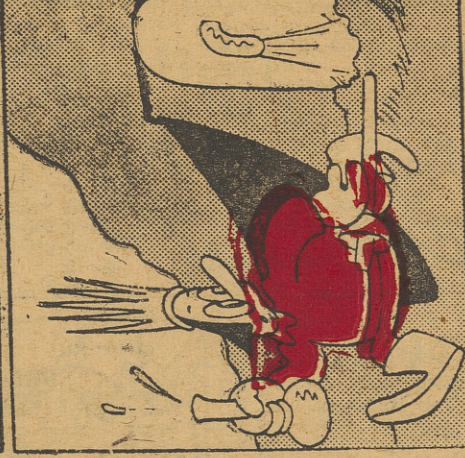
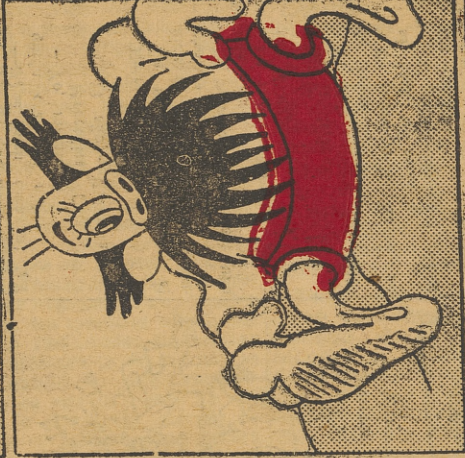
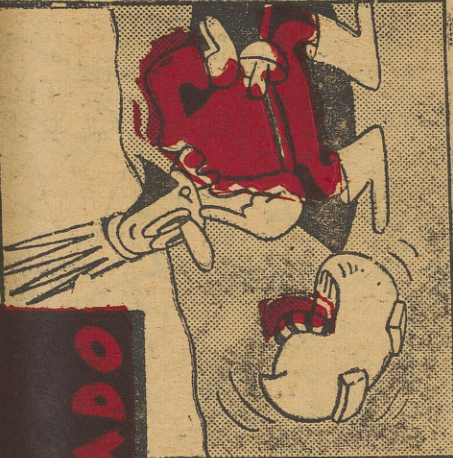
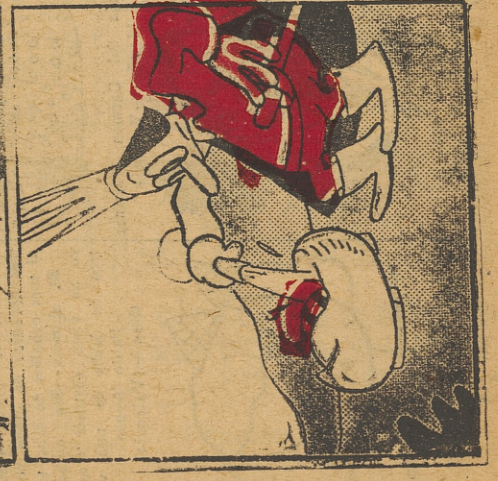
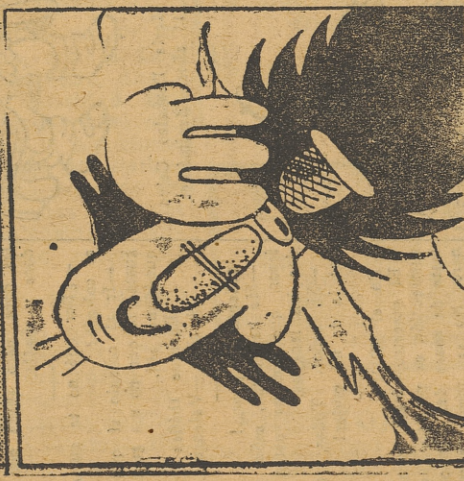
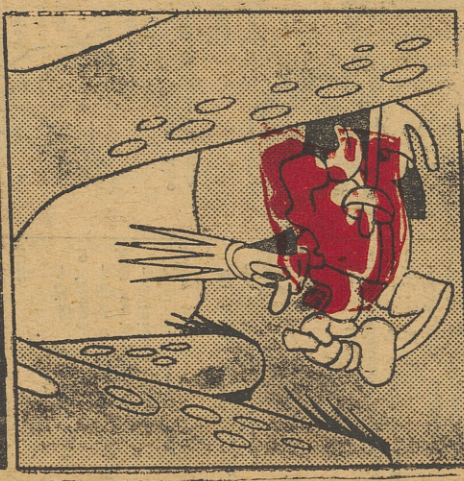
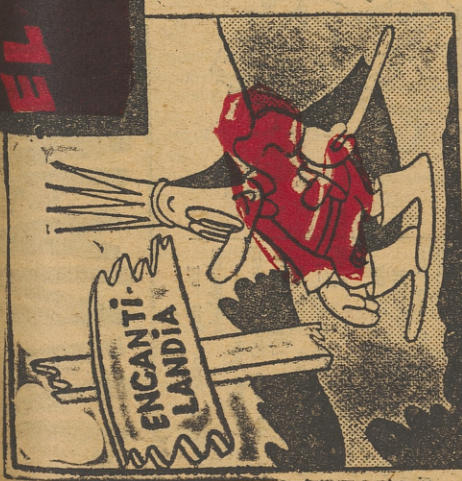


EL ZUECO ENCANTADO



De las muchas aventuras que Colorín tuvo cuando visitó su provincia del jardín encantado, merece destacarse la del zueco de oro.

Todos sabéis, queridos niños, lo que son unos zuecos y hasta, seguramente, os han entrado ganas de calzáros algunos para poder pisar el barro y chapotear con el agua.

Pues bien, nuestro príncipe Colorín, siempre vivo y gentil, llegó a «Encantilandia».

Allí, todo era extraordinario. Salieron a recibirle campanillas con paraguas, violetas con rizos y hasta una rosa sin espinas.

Colorín iba de sorpresa en sorpresa; pero cuando sintió picada su curiosidad fué al conocer la historia del misterioso zueco de oro, que bailaba, cantaba y hacía otras mil maravillas.

En busca de aquel extraordinario suceso fué nuestro amigo y, en efecto, presencié aquella serie de exhibiciones... Mas, calculad su asombro, cuando oyó una vozecita...

«Soy un rey encantado por un terrible brujo y sólo un príncipe puede salvarme; pero para ello ha de ir a la fuente sin fin y llenar una botellita de agua».

Ya tenemos a Colorín en busca del remedio. Atravesó un espeso bosque y, por fin, vió lo que deseaba.

Allí, un hombre con un solo ojo, para nuestro chiquito héroe, un enorme gigante, guardaba el agua mágica.

Sacó su espada y cogió un puñado de tierra. Preparó el primero en su mano izquierda y con fuerza, mientras dormía arrojó la tierra en el ojo del monstruo que no se cerraba nunca, ni en el descanso.

Corriendo, llenó la botella, y mientras el guardián rugía cegado, salió todo lo aprisa que pudo.

Llegó a su jardín encantado, echó el agua sobre el zueco y en seguida... ¡Oh milagro! Se transformó en un joven y apuesto rey, que, agradecido, levantó a su pequeño salvador y lo abrazó

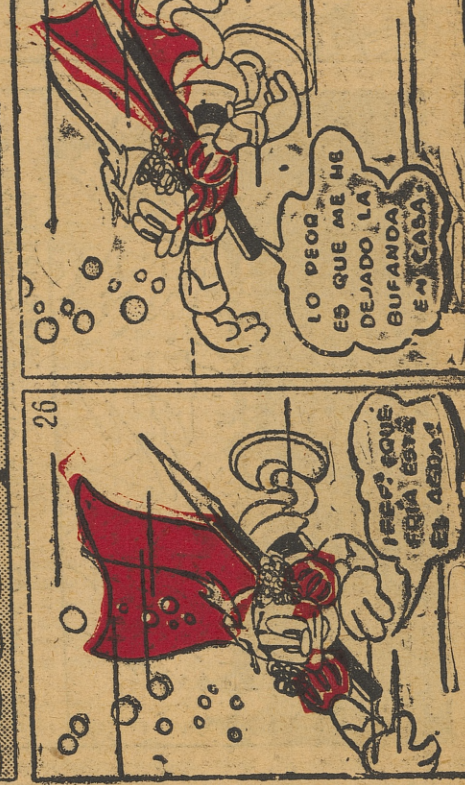
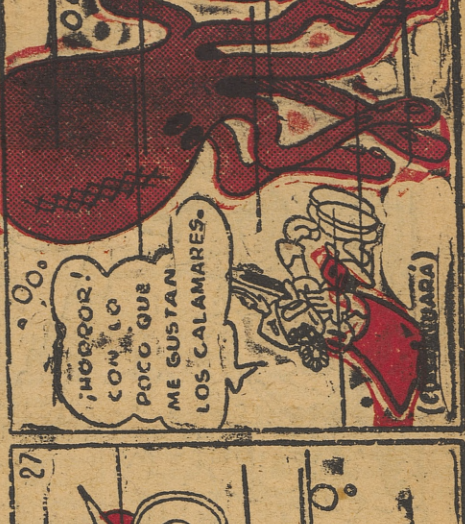
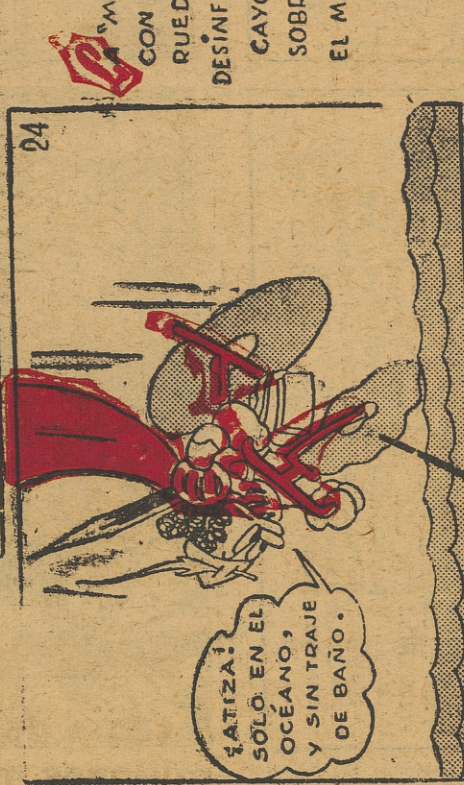
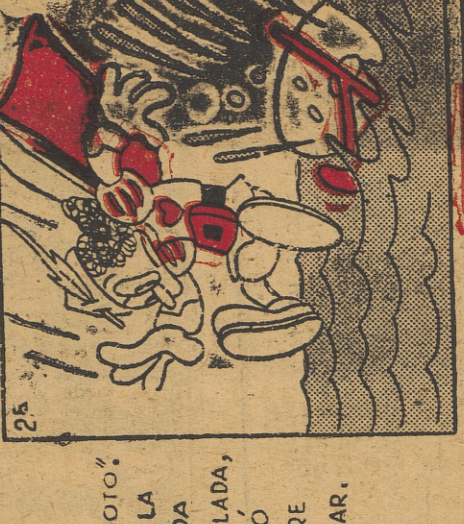
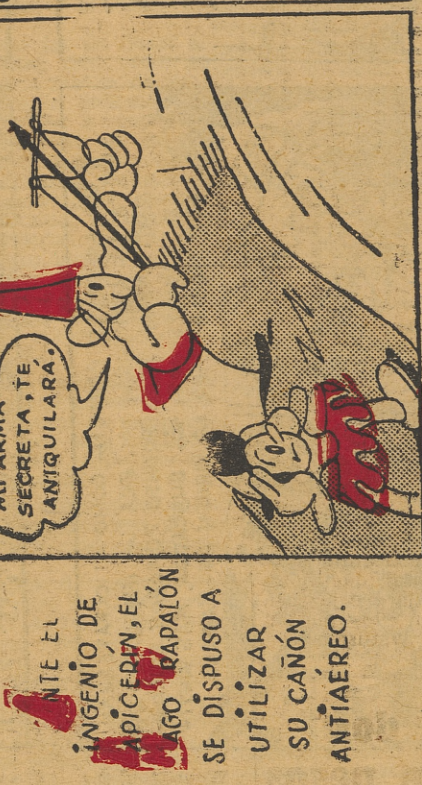
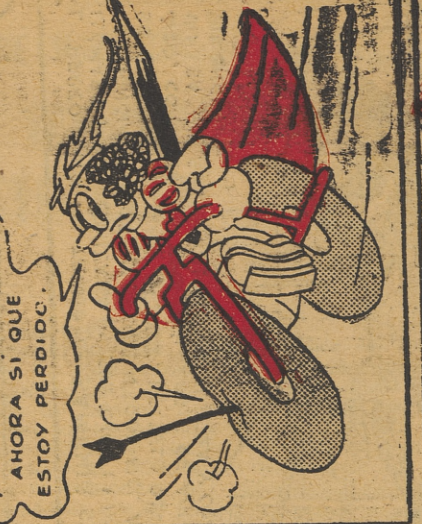
F A P

EL PLOQUE

Suplemento infantil de **Jornada**

AÑO IV - VALENCIA 3 DE AGOSTO DE 1944 - NUM. 134

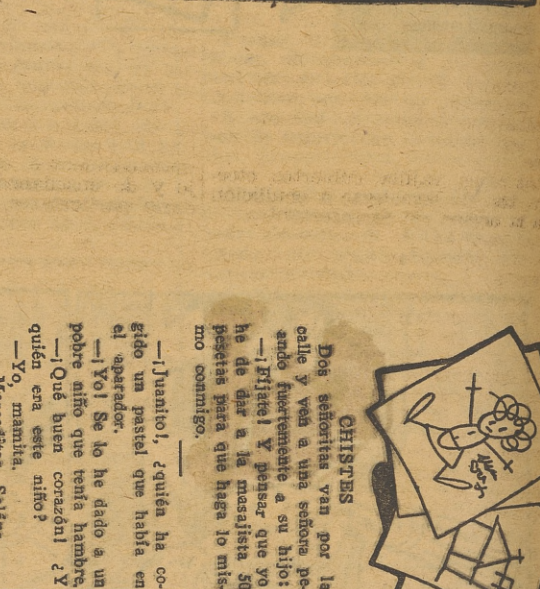
LAPICERÍN en las MONTAÑAS AZULES.



Los BUSCADORES de ORO en ALASKA

(AVENTURAS de JIM SAMFHIR)

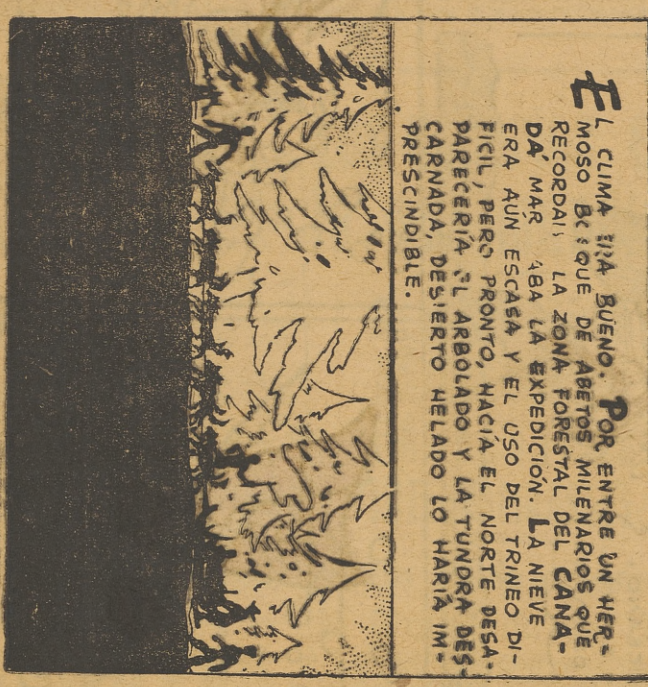
EQUIPADOS LOS BUSCADORES CONVENIENTEMENTE DECIDIERON PARTIR. ERAN UNOS VEINTE, TODOS HOM- BRES RUDOS, FUERTES, DISPUESTOS A TODO. ENTRE ELLOS JIM Y TOM, ESPERABAN EL MOMENTO DE LA MARCHA.



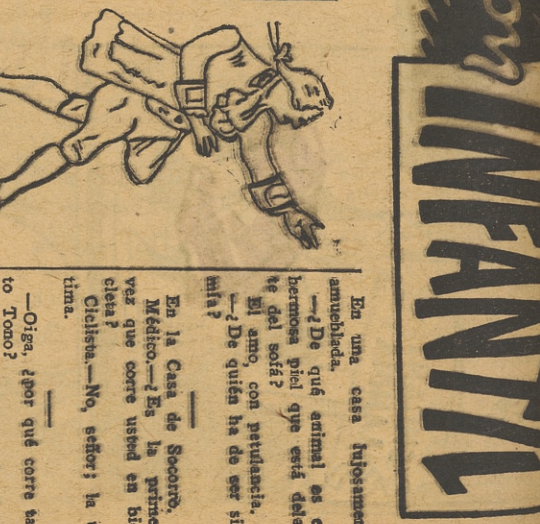
EL PERO GUÍA DEL TRINEO DE SAMFHIR SE LLAMABA PUC. BRILLABA EN SUS OJOS LA INTELIGENCIA Y MOSTRABA UN AFECTO FIEL A SU NUEVO AMO. ERA GRANDE, DE PELO RO- JIZO, CON OREJAS TRIANGULARES Y SE ADI- VINABA EN SUS MOVIMIENTOS FUERZA Y COR- PUENCIA.



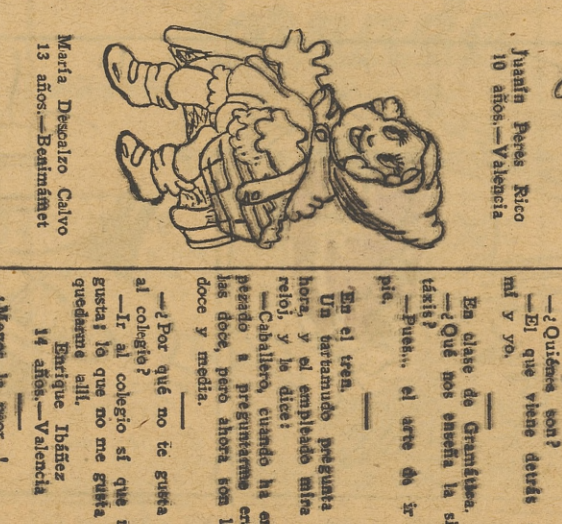
JUNTOS IRIAN TODOS HASTA LA REGIÓN AURIFERA, EN MUTUA PROTECCION CONTRA EL TIEMPO Y LOS MERODADORES. LUEGO CADA UNO, O CADA GRUPO ASOCIADO, EM- PENDERIA SUS PESQUISAS PARA HALLAR EL ANSIAO FILON.



EL CLIMA ERA BUENO. POR ENTRE UN HER- MOSO BOSQUE DE ABETOS MILENARIOS QUE RECORDAN LA ZONA FORESTAL DEL CANA- DA MAR ABA LA EXPEDICION. LA NIEVE ERA AUN ESCASA Y EL USO DEL TRINEO DI- FICIL, PERO PRONTO, HACIA EL NORTE DESA- PARECERIA EL ARBOLADO Y LA TUNDRA DES- CARNADA, DESIERTO HELADO LO HARIA IM- PRESCINDIBLE.



LOS ANIMALES PARECIA COMO SI OLFATEARAN YA LA AVENTURA, TAL ERA LA INQUIETUD QUE MOSTRABAN; PERO PRONTO PUDIERON SENTIR- SE SATISFECHOS. EL BUSCADOR MAS ANTI- GUD HABIA DADO LA ORDEN DE MARCHA.



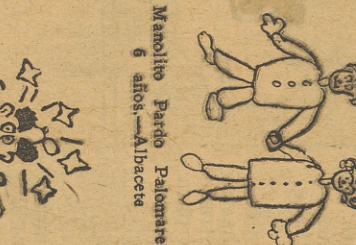
Entre familia. La mujer.—Oya, Pepe, el niño se ha tragado un cartu- cho de tu escopeta. El marido.—Pues dale una paliza. La mujer.—No me atrevo por si explota. En la lechería. El niño.—Deme dos kilos de leche. El lechero.—La leche no se pesa, se mide. El niño.—Entonces deme dos metros. En casa de un avaro. —Juan, Juan, el hijo de la criada se ha tragado diez céntimos! —Desentásalos a su ma- dre cuando venga. Entre bananeros. Uno.—Fíjate si me gustan las olivas que me he tragado los huesos. Otro.—Pero... ¿qué tienen los huesos? Luis Ramirez 12 años.—Valencia



Colaboración INFANTIL

CHISTES

Los señoritas van por la calle y ven a una señora pe- cando fuertemente a su hijo: —¡Fíjate! Y pensar que yo he de dar a la masajista 50 pesetas para que haga lo mis- mo conmigo. —¡Juanito!, ¿quién ha co- gido un pastel que había en el aparador. —¡Yo! Se lo he dado a un pobre niño que tenía hambre. —¡Qué buen corazón! ¿Y quién era este niño? —Yo, mamá. Mercetitas Solans 12 años.—Valencia



Entre familia. La mujer.—Oya, Pepe, el niño se ha tragado un cartu- cho de tu escopeta. El marido.—Pues dale una paliza. La mujer.—No me atrevo por si explota. En la lechería. El niño.—Deme dos kilos de leche. El lechero.—La leche no se pesa, se mide. El niño.—Entonces deme dos metros. En casa de un avaro. —Juan, Juan, el hijo de la criada se ha tragado diez céntimos! —Desentásalos a su ma- dre cuando venga. Entre bananeros. Uno.—Fíjate si me gustan las olivas que me he tragado los huesos. Otro.—Pero... ¿qué tienen los huesos? Luis Ramirez 12 años.—Valencia



En una casa fuertemente amueblada. —¿De qué animal es esa hermosa pira que está dehar- se del sofá? El amo, con petulancia. —¿De quién ha de ser sind mija? En la Casa de Socorro. Médico.—¿Es la primera vez que corre usted en bici- cleta? Chicista.—No, señor; la Gi- tina. —Oiga, ¿por qué corre tan- to Tomo? —Para evitar que dos hom- bres se paguen. —¿Quién es ése? —El que viene detrás de mí y yo. En clase de Gramática. —¿Qué nos enseñan la síla- batis? —Pues... el arte de ir a pie. En el tren. Un terramudo pregunta la hora, y el empleado mira al reloj; y le dice: —Caballero, cuando ha em- pezado a preguntarme eran las doce, pero ahora son las doce y media. —¿Por qué no te quitta la al corbata? —Ir al colegio si que me gusta lo que no me gusta es quedarme allí. Enrique Ibañez 14 años.—Valencia

Entre familia. La mujer.—Oya, Pepe, el niño se ha tragado un cartu- cho de tu escopeta. El marido.—Pues dale una paliza. La mujer.—No me atrevo por si explota. En la lechería. El niño.—Deme dos kilos de leche. El lechero.—La leche no se pesa, se mide. El niño.—Entonces deme dos metros. En casa de un avaro. —Juan, Juan, el hijo de la criada se ha tragado diez céntimos! —Desentásalos a su ma- dre cuando venga. Entre bananeros. Uno.—Fíjate si me gustan las olivas que me he tragado los huesos. Otro.—Pero... ¿qué tienen los huesos? Luis Ramirez 12 años.—Valencia



Entre familia. La mujer.—Oya, Pepe, el niño se ha tragado un cartu- cho de tu escopeta. El marido.—Pues dale una paliza. La mujer.—No me atrevo por si explota. En la lechería. El niño.—Deme dos kilos de leche. El lechero.—La leche no se pesa, se mide. El niño.—Entonces deme dos metros. En casa de un avaro. —Juan, Juan, el hijo de la criada se ha tragado diez céntimos! —Desentásalos a su ma- dre cuando venga. Entre bananeros. Uno.—Fíjate si me gustan las olivas que me he tragado los huesos. Otro.—Pero... ¿qué tienen los huesos? Luis Ramirez 12 años.—Valencia



Entre familia. La mujer.—Oya, Pepe, el niño se ha tragado un cartu- cho de tu escopeta. El marido.—Pues dale una paliza. La mujer.—No me atrevo por si explota. En la lechería. El niño.—Deme dos kilos de leche. El lechero.—La leche no se pesa, se mide. El niño.—Entonces deme dos metros. En casa de un avaro. —Juan, Juan, el hijo de la criada se ha tragado diez céntimos! —Desentásalos a su ma- dre cuando venga. Entre bananeros. Uno.—Fíjate si me gustan las olivas que me he tragado los huesos. Otro.—Pero... ¿qué tienen los huesos? Luis Ramirez 12 años.—Valencia

Entre familia. La mujer.—Oya, Pepe, el niño se ha tragado un cartu- cho de tu escopeta. El marido.—Pues dale una paliza. La mujer.—No me atrevo por si explota. En la lechería. El niño.—Deme dos kilos de leche. El lechero.—La leche no se pesa, se mide. El niño.—Entonces deme dos metros. En casa de un avaro. —Juan, Juan, el hijo de la criada se ha tragado diez céntimos! —Desentásalos a su ma- dre cuando venga. Entre bananeros. Uno.—Fíjate si me gustan las olivas que me he tragado los huesos. Otro.—Pero... ¿qué tienen los huesos? Luis Ramirez 12 años.—Valencia



Entre familia. La mujer.—Oya, Pepe, el niño se ha tragado un cartu- cho de tu escopeta. El marido.—Pues dale una paliza. La mujer.—No me atrevo por si explota. En la lechería. El niño.—Deme dos kilos de leche. El lechero.—La leche no se pesa, se mide. El niño.—Entonces deme dos metros. En casa de un avaro. —Juan, Juan, el hijo de la criada se ha tragado diez céntimos! —Desentásalos a su ma- dre cuando venga. Entre bananeros. Uno.—Fíjate si me gustan las olivas que me he tragado los huesos. Otro.—Pero... ¿qué tienen los huesos? Luis Ramirez 12 años.—Valencia

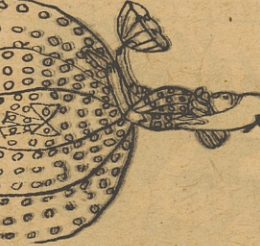


Entre familia. La mujer.—Oya, Pepe, el niño se ha tragado un cartu- cho de tu escopeta. El marido.—Pues dale una paliza. La mujer.—No me atrevo por si explota. En la lechería. El niño.—Deme dos kilos de leche. El lechero.—La leche no se pesa, se mide. El niño.—Entonces deme dos metros. En casa de un avaro. —Juan, Juan, el hijo de la criada se ha tragado diez céntimos! —Desentásalos a su ma- dre cuando venga. Entre bananeros. Uno.—Fíjate si me gustan las olivas que me he tragado los huesos. Otro.—Pero... ¿qué tienen los huesos? Luis Ramirez 12 años.—Valencia

Entre familia. La mujer.—Oya, Pepe, el niño se ha tragado un cartu- cho de tu escopeta. El marido.—Pues dale una paliza. La mujer.—No me atrevo por si explota. En la lechería. El niño.—Deme dos kilos de leche. El lechero.—La leche no se pesa, se mide. El niño.—Entonces deme dos metros. En casa de un avaro. —Juan, Juan, el hijo de la criada se ha tragado diez céntimos! —Desentásalos a su ma- dre cuando venga. Entre bananeros. Uno.—Fíjate si me gustan las olivas que me he tragado los huesos. Otro.—Pero... ¿qué tienen los huesos? Luis Ramirez 12 años.—Valencia

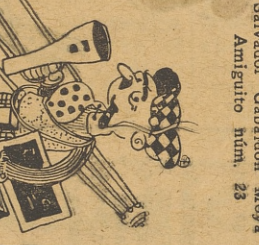


Entre familia. La mujer.—Oya, Pepe, el niño se ha tragado un cartu- cho de tu escopeta. El marido.—Pues dale una paliza. La mujer.—No me atrevo por si explota. En la lechería. El niño.—Deme dos kilos de leche. El lechero.—La leche no se pesa, se mide. El niño.—Entonces deme dos metros. En casa de un avaro. —Juan, Juan, el hijo de la criada se ha tragado diez céntimos! —Desentásalos a su ma- dre cuando venga. Entre bananeros. Uno.—Fíjate si me gustan las olivas que me he tragado los huesos. Otro.—Pero... ¿qué tienen los huesos? Luis Ramirez 12 años.—Valencia



Entre familia. La mujer.—Oya, Pepe, el niño se ha tragado un cartu- cho de tu escopeta. El marido.—Pues dale una paliza. La mujer.—No me atrevo por si explota. En la lechería. El niño.—Deme dos kilos de leche. El lechero.—La leche no se pesa, se mide. El niño.—Entonces deme dos metros. En casa de un avaro. —Juan, Juan, el hijo de la criada se ha tragado diez céntimos! —Desentásalos a su ma- dre cuando venga. Entre bananeros. Uno.—Fíjate si me gustan las olivas que me he tragado los huesos. Otro.—Pero... ¿qué tienen los huesos? Luis Ramirez 12 años.—Valencia

Entre familia. La mujer.—Oya, Pepe, el niño se ha tragado un cartu- cho de tu escopeta. El marido.—Pues dale una paliza. La mujer.—No me atrevo por si explota. En la lechería. El niño.—Deme dos kilos de leche. El lechero.—La leche no se pesa, se mide. El niño.—Entonces deme dos metros. En casa de un avaro. —Juan, Juan, el hijo de la criada se ha tragado diez céntimos! —Desentásalos a su ma- dre cuando venga. Entre bananeros. Uno.—Fíjate si me gustan las olivas que me he tragado los huesos. Otro.—Pero... ¿qué tienen los huesos? Luis Ramirez 12 años.—Valencia



Entre familia. La mujer.—Oya, Pepe, el niño se ha tragado un cartu- cho de tu escopeta. El marido.—Pues dale una paliza. La mujer.—No me atrevo por si explota. En la lechería. El niño.—Deme dos kilos de leche. El lechero.—La leche no se pesa, se mide. El niño.—Entonces deme dos metros. En casa de un avaro. —Juan, Juan, el hijo de la criada se ha tragado diez céntimos! —Desentásalos a su ma- dre cuando venga. Entre bananeros. Uno.—Fíjate si me gustan las olivas que me he tragado los huesos. Otro.—Pero... ¿qué tienen los huesos? Luis Ramirez 12 años.—Valencia



Entre familia. La mujer.—Oya, Pepe, el niño se ha tragado un cartu- cho de tu escopeta. El marido.—Pues dale una paliza. La mujer.—No me atrevo por si explota. En la lechería. El niño.—Deme dos kilos de leche. El lechero.—La leche no se pesa, se mide. El niño.—Entonces deme dos metros. En casa de un avaro. —Juan, Juan, el hijo de la criada se ha tragado diez céntimos! —Desentásalos a su ma- dre cuando venga. Entre bananeros. Uno.—Fíjate si me gustan las olivas que me he tragado los huesos. Otro.—Pero... ¿qué tienen los huesos? Luis Ramirez 12 años.—Valencia

Entre familia. La mujer.—Oya, Pepe, el niño se ha tragado un cartu- cho de tu escopeta. El marido.—Pues dale una paliza. La mujer.—No me atrevo por si explota. En la lechería. El niño.—Deme dos kilos de leche. El lechero.—La leche no se pesa, se mide. El niño.—Entonces deme dos metros. En casa de un avaro. —Juan, Juan, el hijo de la criada se ha tragado diez céntimos! —Desentásalos a su ma- dre cuando venga. Entre bananeros. Uno.—Fíjate si me gustan las olivas que me he tragado los huesos. Otro.—Pero... ¿qué tienen los huesos? Luis Ramirez 12 años.—Valencia



Entre familia. La mujer.—Oya, Pepe, el niño se ha tragado un cartu- cho de tu escopeta. El marido.—Pues dale una paliza. La mujer.—No me atrevo por si explota. En la lechería. El niño.—Deme dos kilos de leche. El lechero.—La leche no se pesa, se mide. El niño.—Entonces deme dos metros. En casa de un avaro. —Juan, Juan, el hijo de la criada se ha tragado diez céntimos! —Desentásalos a su ma- dre cuando venga. Entre bananeros. Uno.—Fíjate si me gustan las olivas que me he tragado los huesos. Otro.—Pero... ¿qué tienen los huesos? Luis Ramirez 12 años.—Valencia



Entre familia. La mujer.—Oya, Pepe, el niño se ha tragado un cartu- cho de tu escopeta. El marido.—Pues dale una paliza. La mujer.—No me atrevo por si explota. En la lechería. El niño.—Deme dos kilos de leche. El lechero.—La leche no se pesa, se mide. El niño.—Entonces deme dos metros. En casa de un avaro. —Juan, Juan, el hijo de la criada se ha tragado diez céntimos! —Desentásalos a su ma- dre cuando venga. Entre bananeros. Uno.—Fíjate si me gustan las olivas que me he tragado los huesos. Otro.—Pero... ¿qué tienen los huesos? Luis Ramirez 12 años.—Valencia